

El primer día

Escribe Volodia Teitelboim*

Quiero contar cómo me encontré una mañana con el futuro.

Hacía cola para el examen de ingreso a la Universidad de Chile. Lo rendí ante un profesor de tez muy blanca, que contrastaba con su eterno traje negro. Se llamaba Eugenio González. Era escritor, hacía clases en el Pedagógico. Como Gómez Millas, también fue Rector de la llamada Casa de Bello.

Ese mismo día en la fila un alumno de la cátedra de castellano se presentó: me llamo Pedro de la Barra -dijo. Más tarde me invitaría a un espectáculo cómicolírico que él organizaba, la Orquesta Afónica, y a asistir al estreno teatral de "Za estudiantina", cuyo autor era Edmundo de la Parra. Todas aventuras estudiantiles.

Yo era un alumno movedido de la Facultad de Derecho. Pero en ese tiempo los universitarios nos sentíamos parte de un solo todo. Aplaudimos cuando Pedro de la Barra en el Imperio salió con su gloriosa porfía, el Teatro Experimental, que renovó para siempre la escena chilena.

Corría el año 32, el de la República Socialista, de los Soviets de los doce días y coincidimos en la Juventud Comunista con dos jóvenes recién ingresados. Fueron y seguirán siendo nuestros hermanos. Me refiero a Enrique Kirberg, que fue legendario Rector de la Universidad Técnica del Estado hasta el día del golpe, y el maestro magnífico que durante años recorrió los jardines y salas de esta vasta ciudadela, Hernán Ramírez Necochea, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, lúcido historiador de la clase obrera chilena.

Respirábamos a pulmón pleno una era de grandes perspectivas. Aunque nunca los tiempos se repitan iguales es necesario recobrarla cuanto antes.

¡Qué buen lugar era éste para los aprendices de escritores! En dicha época anhelábamos ser poetas y revolucionarios

totales.

El mundo ha cambiado mucho, pero nosotros seguimos siendo los de entonces. Con los ojos bien abiertos no abdicamos a nuestros sueños. Mantenemos siempre vigentes los palpantes ideales de la juventud.

No estamos arrepentidos. Hemos vivido la política como conducta ética, como deber moral, como militantes de la justicia social. Insistimos en abrazar el irrenunciable proyecto de cambiar esta sociedad por otra mejor. Seguimos enamorados de la palabra, como revelación de las esencias más entrañables, buscando que ella nos entregue su secreto, nos ayude a desafiar el misterio aún en la penumbra del hombre y de la mujer, a desentrañar la aventura del mundo, la respuesta al enigma de la belleza.

Tal vez lo que digo proyecte cierto asomo de claridad sobre la razón por la cual la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación ha tenido la idea, que no considero peregrina, de agraciarme con este doctorado Honoris Causa. De paso subentendería que el enemigo público de 1973 a 1990 se transforma en persona aceptable, en un sujeto que se ha esforzado en hacer algo por este país que todos aquí queremos distinto, más humanizado, digno de la noble enseñanza que este casa profesa diariamente. Ella puede contribuir a que el siglo XXI sea ojalá un tiempo, donde haya un destino creador para todos, donde florezca la poesía, esa que vuelve la vida más llevadera, más profunda y más hermosa.

Por lo visto a veces lo soñado y lo no soñado se realizan. Doy mil gracias, a todos ustedes, amigos, compañeros del alma, por este momento de felicidad.

Extracto de las Palabras de Volodia Teitelboim en la ceremonia de investidura con el grado Doctor Honoris Causa concedido por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. UMCE, 23 de agosto, 2002